

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 198.—1.º de Junio de 1878.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epist. I, 4, 8.)*

## SUSCRICION (1)

Á FAVOR DE LAS FAMILIAS DE LOS NÁUFRAGOS DE LA COSTA  
CANTÁBRICA.

	[Reales. ]
<i>Suma anterior</i> .....	600
Don C. D. de P.....	100
Don G. C.....	40
<i>Suma</i> .....	740

## ¡PÍCAROS INGLESES!

Aunque ya no sean considerados como enemigos los extranjeros, todavía existen contra ellos prevenciones injustas que importa desvanecer; todavía se califican con frecuencia de modo que los favorece poco, tomando por carácter nacional algun defecto, y por fisonomía una faccion, ó un gesto acaso. Esto hacemos con ellos de vez en cuando, y nos pagan en la misma moneda, y aun con réditos, presentándonos en caricatura; y esto importa que ni ellos ni nosotros hagamos para apresurar el

(1) Queda abierta en la Administracion de esta Revista, Reyes, 20 2.º, derecha.

En la lista de donante para las familias de los náufragos, donde dice, Don M. R. de Z., léase Don M. R. de Q.

dia de la paz universal que ha de lograrse con amor y equidad, puesto que la guerra se alimenta de injusticia y de ódio.

No falta en España quien calumnie la gran nacion inglesa, y aun hay circunstancias en que es moda y buen tono el calumniarla, siendo el estribillo obligado de la cancion el espíritu mercantil é interesado de los ingleses, que no se mueven sino por codicia y á compás de las ganancias que esperan, ó de las pérdidas que temen. No vamos á reseñar, que seria largo, sus grandes obras de caridad nacional é internacional; vamos únicamente á enviarles la espresion de nuestra gratitud por su compasion para nuestros náufragos.

El *Times* ha abierto una suscripcion á favor de las familias de los náufragos del Cantábrico, sin excitacion alguna y por generoso impulso, y en *El Imparcial* leemos el siguiente comunicado:

«BRISTOL 2 de Mayo 1878.

Señor director de *El Imparcial*.

Señor: El interés que desde hace muchos años tomo por los hombres de mar, explicará á V. por qué me permito desde aquí rogarle la insercion del adjunto escrito en las columnas de su valioso periódico.

El 24 de Abril último una barca española, la *Villa de Comillas*, salió de Cardiff con cargamento de carbon para Barcelona, y el viaje se hacia sin novedad, cuando al dia siguiente se notó que el buque estaba haciendo agua. El capitan mandó picar las bombas; pero todos los esfuerzos fueron inútiles para achicar el invasor elemento en aquel desdichado buque. El viernes siguiente, y como á eso de media noche, el capitan ordenó echar los botes y abandonar el barco, permitiendo á la tripulacion que salvaran algunos de sus efectos. Cinco minutos despues el buque se fué á pique á distancia de unas 14 millas de Cornish Coast. Los náufragos tomaron tierra á la mañana siguiente cerca de Penzance, donde el capitan y el primer oficial tomaron las disposiciones convenientes para enviar la tripulacion al consulado de Cardiff, mientras ellos permanecian en la costa para hacer las oportunas declaraciones de avería.

Los marineros partieron de Penzance en el primer tren de la mañana del domingo con billetes de tercera clase para Cardiff; pero durante el viaje, Mr. Leon de Gloucester Sheet Shef-

field, conociendo que eran náufragos y españoles, abandonó el departamento de primera en que iba para colocarse entre ellos y hablarles en su propio idioma. Enterado de su desgracia, mostróles gran interés, y les advirtió desde luego que les sería imposible seguir su viaje á Cardiff, porque no salía ningun tren de Bristol despues de las tres de la tarde, y ellos no llegarían á Bristol hasta las ocho de la noche.

Una vez en dicha ciudad, pudieron convencerse de la exactitud de los informes; pero Mr. Leon, en union de Mr. Homer Hall de Swindon, movido por los mismos humanitarios sentimientos, se ofrecieron á prestar todo género de servicios á aquellos desgraciados marineros que se hallaban sin recursos en extranjero suelo y obligados á interrumpir su viaje á Cardiff.

MM. Leon y Hall tomaron un *cab*, y acompañados del segundo oficial del buque, Sr. D. Baltasar Fiol, y de uno de los marineros de la tripulacion, fueron en busca del cónsul español á Queen Square, donde se les dijo que el cónsul residía en el vecino pueblo de Durdham Down, distante unas dos ó tres millas. Allí fueron tambien, y una vez en su presencia, el segundo oficial y Mr. Leon manifestaron la situacion de los pobres náufragos y la necesidad de que tomara alguna disposicion para auxiliarles hasta que pudieran continuar su viaje; pero el cónsul nada hizo ni prometió, y ni se dignó ir á la estacion del ferro-carril, donde habian quedado los marineros esperando que se les buscara un albergue.

Cuando MM. Leon y Hall y el segundo oficial regresaron á la estacion, el *cab* habia devengado 10 chelines que aquellos caballeros pagaron. Para salir de tal situacion, preguntaron á la policia si existia en Bristol alguna sucursal de la Asocia-cion Plimsoll para socorro de las gentes de mar; y habiéndose-les contestado afirmativamente, se les indicó á la vez mi nombre y domicilio.

Noticioso de lo que ocurría, acompañé á los náufragos á casa de Mr. Bessone, cónsul á la vez de Turquía y del Perú, quien ya por su natural experiencia, ya por hablar correctamente el español, juzgué el más á propósito para dar consejo. Al llegar á su casa lo encontramos ya acostado; pero se levantó inmediatamente y condujo á los náufragos á la casa-asilo de los marineros, donde Mr. Bessone ordenó que se les diera inmediatamente una cena y se les preparasen camas. El mismo Mr. Bessone envió en seguida á buscar á Mr. Carlos Ferrer, conocido

intérprete español, para que fuese al asilo á fin de que los naufragos pudiesen hacer conocer sus necesidades á los criados del establecimiento.

Ferrer acompañó á los marineros hasta Cardiff en el primer tren de la mañana del lunes. A la llegada á Cardiff, el representante de España (siento decirlo) se encontraba indispuerto y en Bath, á donde habia ido para cambiar de aires. La tripulacion tuvo que esperar allí instrucciones; pero como no habian de mantenerse de aire, Mr. Ferrer ordenó muy oportunamente que se les diese un almuerzo, al que, segun Mr. Ferrer me ha referido, hicieron el más cumplido honor. Al fin llegaron por telégrafo instrucciones para que la tripulacion se dirigiese á Cádiz en un vapor que estaba á punto de partir; pero, segun tengo entendido, solo tres de los hombres se embarcaron.

Mi objeto al comunicar á V. esta ocurrencia no es, de modo alguno, procurar el reembolso de la insignificante suma desembolsada por la Asociacion, de la cual tengo á honra ser el secretario honorario. Solamente deseo que, por medio de la gran influencia que ejerce *El Imparcial*, como poderoso órgano de publicidad, se influya en la opinion pública de ese país, para que los gobernantes adopten inmediatamente las disposiciones oportunas, á fin de que todos los consulados de la nacion española se consideren obligados, así de dia como de noche, á dar inmediata proteccion á todos los hombres de mar que naufraguen en costas extranjeras, mientras estén al amparo de la bandera española.

Tengo el honor de ofrecerme á V. respetuosamente.—*Roger Moore*, secretario honorario del Asilo local de Bristol, auxiliar de la *Plimsoll and Seamen's Fund committee*.»

Si los que han amparado á los marinos españoles, mirándolos como compatriotas, como hermanos, ven estas líneas, reciban en ellas una prueba de que hay quien sabe agradecer en España, y en nombre de Dios que no nos juzguen por esos cónsules que como autoridades y como hombres han faltado. Tambien aquí tenemos humanidad para con los extranjeros, y compasion de los pobres naufragos. Recuerdo que no ha mucho un barco italiano vino á encallar á esta costa en la concha de *Arredo*, y que su capitan hizo público su agradecimiento por la caridad que habia encontrado en los ribereños, y muy especialmente en el Médico de Cudillero.

En España, donde no hay asociaciones que los socorran, la suerte de los naufragos españoles es á veces más desdichada

que la de los extranjeros. Estos acuden á los cónsules que por lo general cumplen con su deber. Pero el español que naufraga en las mares de su pátria ¿á quién acude? A la caridad pública, que dado que no le falte, no está bien que tenga que implorarla: no se debe esperar á que pida limosna el que por tal desgracia necesita socorro.

La desventura del náufrago impresiona el ánimo de una manera particular. La grandeza del peligro que acaba de correr, parece que se mide por la inmensidad del océano, y en proporcion deben haber sido las angustias del ánimo que todavía se reflejan en su rostro contraído y descompuesto.

Sin fuerzas, sin ropas con que sustituir á las empapadas en agua que se enfria y le hace tiritar, deprimido el espíritu por aquella terrible lucha, en que los terrores de la muerte se renuevan como las olas que se suceden sin cesar, falta de alimento y sin saber decir de manera que le entiendan ¡tengo hambre! ¿qué será del mísero, si no halla corazones que comprenden el lenguaje del dolor, la mímica de la desventura? ¿Qué será de él, si no halla manos benditas que enjugan lágrimas, sin preguntar á los ojos que las vierten dónde vieron la luz por primera vez?

Los hombres de mar que con tanta frecuencia se ven pobres, enfermos ó náufragos en tierra extranjera, necesitan, para ser socorridos como merecen, una asociacion internacional. La guerra que se hacen los hombres entre sí, tiene su *Cruz Roja*; la guerra que sostiene el pobre marinero con los elementos ¿no podria tener una asociacion universal que amparase á las víctimas de la tempestad á cualquiera playa que arribaran? Si la ciencia salva las fronteras y suprime las nacionalidades, y tiene asociados en todo el mundo para la investigacion de la verdad, la caridad no podria hacer lo mismo para el consuelo del dolor? ¿Pueden los hombres comunicar con más noble y santo fin que el de tender la mano á los que combatidos por las olas se ven desamparados en tierra extraña?

En el extranjero hay asociaciones protectoras de los marineros, que tal vez no seria difícil convertir en *Internacionales para socorro á los náufragos*; ¿pero cómo indicárselo desde España, sin poder decirles, entre nosotros no hay una, una siquiera? ¿Y será imposible que se forme? ¿Y si no lo es, dónde debe formarse? Ciertamente que no será en una poblacion de tierra adentro, ni aun en un puerto sobre aguas tranquilas, que rara vez agita el temporal, sino en esta costa cantábrica brava, agitada con

frecuencia por las borrascas; en ella, donde arriban tantos náufragos, en este mar que sirve ¡ay! de tumba á tantos infelices! Aquí el bramar de las olas y de los huracanes, es un continuo *memento*, y este mensajero de la tempestad parece que pide socorro para sus víctimas. ¿Desde el cabo de Higuera hasta el de Finisterre, cuál pueblo acudirá al llamamiento de la caridad, cuál dirá: aquí estoy, para poner la primera piedra de ese asilo de los náufragos de todo el mundo?

¡*Llamamiento!* ¡Ah! ¿Por ventura le hacemos nosotros, podemos hacerle? Para llamar es necesario suponer que hay alguno que oye, que puede oír al ménos; no son llamamientos los gemidos, ni estas líneas otra cosa que expresion de gratitud á que se han hecho acreedores los caritativos extranjeros que ampararon á los desvalidos náufragos españoles. Que sean consuelo para ellos en sus dias de amargura, las bendiciones que les enviamos de lo más íntimo de nuestra alma!

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 12 de Mayo de 1878.

---

## NECROLOGÍA.

---

### D. JOSÉ MARÍA DE IBARRA, CONDE DE IBARRA.

LA VOZ DE LA CARIDAD tiene por sistema, durante su ya no corta existencia, omitir ó economizar elogios á personas vivas, porque el mérito de la caridad se aumenta cuanto mayores sean la modestia y la oscuridad que la oculte; pero este sistema no le seguimos con los muertos, que han sido bienhechores de los pobres. Hay en esto un instinto de justicia, cierta natural cooperacion á ese juicio de residencia que la opinion pública plantea sobre los difuntos; y hay, sobre todo, un desahogo al dolor que experimentamos siempre ante el sepulcro de las personas buenas y queridas.

¡D. José María de Ibarra ha muerto!.....

Esta noticia circuló en Sevilla en la mañana del 15 de Mayo con la rapidez con que las malas nuevas se difunden.

Para los que no viven en Sevilla ó no conocen esta población, la noticia podrá ser indiferente ó no tener de sensible más que lo que excita el simple amor al prójimo; pero para los sevi-

llanos, y sobre todo para los sevillanos pobres, este fallecimiento es un tristísimo suceso, porque representa una pérdida irreparable.

No tratamos de hacer la necrología completa de este gran patricio y modelo de buenos ciudadanos: nos falta para ello tiempo y ánimo sereno; no se escribe bien con mano temblorosa y con lágrimas en los ojos. Por otra parte, la vida del Sr. Ibarra abraza tan vastos y diferentes aspectos, como vida de trabajo, de abnegación y de virtudes, que se necesitaría mucho más que un simple artículo de periódico. Plumas más discretas se ocuparán quizá, cual se ocupa el cariño de sus amigos y la consideración de todos, en recordarle como modelo admirable de hombre de familia, como iniciador de las empresas útiles, como ejemplo edificante de una vida laboriosa, como protector especial de las escuelas de instrucción primaria, y sobre todo como hombre público (no político), que emplea los recursos de su genio y de su buen deseo en el bien de los demás, desatendiendo el suyo y obrando siempre con el desinterés más completo.

Nosotros solo le queremos consagrar un recuerdo como hombre eminente de caridad, virtud que era ya un hábito de su vida; queremos solo responder á los ayes de dolor con que el pueblo expresaba su pena, cuando era conducido su cadáver al sepulcro en hombros, primero de los hermanos de la antigua y célebre *Hermandad de la Caridad*, y luego de sus criados y dependientes, que se disputaban esta honrosa carga.

Esa sepultura se le dió por gracia especial del Gobierno en el Hospital provincial, justo tributo de consideración hácia el hombre benéfico que habia hecho de ese grandioso establecimiento, durante muchos años, vasto campo de sus servicios y tareas caritativas. Allí, como Director gratuito, habia pasado la mayor parte del tiempo, durante una larga época, atendiendo á todo, mejorándolo todo, haciéndose querer y respetar de todos.

Era frecuente que las gentes fuesen á su casa á buscar al banquero Ibarra, al naviero Ibarra, al propietario Ibarra, al minero Ibarra, al inteligente labrador y extractor de vinos Ibarra; y aunque fuesen las seis de la mañana, el hombre de tan vastas empresas, de tan múltiples negocios, estaba ocupado en otro negocio muy distinto, y era seguro encontrarle en las salas del Hospital visitando, consolando, dirigiendo y siendo la providencia visible de 500 enfermos y el jefe entendido de ese vasto establecimiento que desde entonces viene

figurando como uno de los mejores de su clase en España.

Y no era el Hospital su afición única en este género. Cuando hubo necesidad de crear en Sevilla un Asilo de mendicidad, él fué uno de los fundadores; cuando en ese y en otros establecimientos faltaban recursos, él daba los suyos; donde se necesitaban escuelas, él las fundaba y las dotaba de menaje; las instituciones de caridad privada y de beneficencia domiciliaria tenían en Ibarra su amparo; y tras de todo esto, que es lo público, lo que se sabía, porque no podía ocultarse, está lo mucho que él hacía en punto de socorros individuales, poniendo solo por condicion el encargo de que no se divulgase.

Tenia la cruz de primera clase de la *Orden civil de Beneficencia*, que, como es sabido, se dá previo juicio público contradictorio, y no solo sin pedirlo los interesados, sino prohibiéndose que lo pidan. La autoridad es quien provoca de oficio esos juicios.

A los 60 años conservaba la actividad y la energía de la juventud. Parecía destinado á larga vida, y sin embargo de ser la suya tan útil, Dios la cortó bruscamente por medio de una breve enfermedad y de una muerte tan santa como edificante.

Acatamos los altos designios de Dios; pero si tratáramos de investigar lo que pudo ser causa ocasional de que se realizasen, tal vez no fuera difícil encontrar la primitiva que quebrantó su salud robusta, y le llevó á su triste fin, en el valor heroico con que en los aciagos dias de la inundacion del Guadalquivir, siendo dignísimo Alcalde de Sevilla, no solo descuidó todo descanso para atender á tan excepcionales circunstancias, sino que al saber una madrugada que se oian gritos de socorro, en una huerta inundada junto á la fuente del Arzobispo, marchó allí, y personalmente, y metido en el agua, logró salvar una pobre familia.

Hoy las corporaciones á que pertenecia hacen pública conmemoracion de su aprecio y piden á sus hijos retratos del buen patricio: los pobres hacen más; no necesitan retratos porque recuerdan bien sus faceiones, y esa imágen no la borran las lágrimas de hoy ni la borrará el tiempo futuro; está esculpida en sus almas por el impulso de la gratitud.

¡Digno ejemplo para sus hijos, que son dignos tambien de tan excelente padre! ¡Digno y tierno recuerdo para sus amigos y sus pobres protegidos! Con un D. José Ibarra en cada poblacion ¡cuánto ganaria el país, y sobre todo el país laborioso y pobre!



¡Todos le lloran! Dios quiera que ese llanto no sea estéril y que sirva para que haya muchos imitadores de sus virtudes!

FAUSTO.

---

## CRÓNICA DE BUENOS EJEMPLOS. (1)

---

### VI.

Las *Hermanitas de los pobres* son una moderna y cristiana institucion, nacida de la caridad de una aldeana bretona; institucion notable por sus caritativos servicios, por la facilidad con que se propaga y por las simpatías que en todas partes despiertan esas modestas mujeres pobres que piden para otros pobres, á quienes cuidan y asisten como si niellas ni ellos lo fueran. Vaya un ejemplo.

En Sevilla se han establecido recientemente, primero en una pobre casita, luego en una casa grande de la calle de Bustos Tavera, que cuesta de alquiler 30 reales diarios. Sobre esa casa y ese alquiler todo lo ocurrido es notable: las Hermanitas por su atrevimiento de comprometerse á pagar tanto no teniendo nada propio, y el dueño de la casa (¡Dios le bendiga!) por habérsela arrendado sin más fianza ni garantía que la que le inspiraban esas pobres y santas mujeres. Pero hay en ese cuadro otra figura tambien notable. Una señora, de la sociedad aristocrática de Sevilla (¡nos dan tentaciones de publicar su nombre!), ha acometido la empresa de buscar personalmente 365 personas que se suscriban á pagar cada una un dia de alquiler al año. Encontrar quien diera el total de una vez seria laudable, pero no raro; pero constituirse en postulante para interesar 365 corazones en esta obra, es un prodigio de infatigable constancia.

Pudiera, pues, formarse de esto un cuadro de las tres virtudes teologales; la *fé* en el casero; la *esperanza* en las Hermanitas; la *caridad* en esa señora postulante.

*Caritas patiens est*, decia San Pablo. Hé aquí un ejemplo de ello.

---

(1) Véase el número 193 de esta REVISTA.

## VII.

Y vaya otro de Hermanitas de los pobres.

En Valencia se ha fundado también esta institución como española é independiente de la francesa, aunque con el mismo fin.

Las fundadoras, como siempre, empezaron por poco: hoy han comprado el edificio de un viejo convento (el de Santa Mónica): lo han hecho casi nuevo; y tienen albergados 126 hombres, siendo el número de hermanas 65, número que les permite ir haciendo otras fundaciones en varias poblaciones de España.

En el establecimiento de Valencia se han gastado 30.000 duros, cantidad recaudada en poco tiempo de donativos y limosnas.

¡Sesenta y cinco hermanas fervorosas de los pobres! ¡Ciento veinte y seis ancianos y ancianas albergados y cuidados con el mayor esmero! ¡Un establecimiento completo y perfecto! ¡Treinta mil duros dados por la caridad de Valencia! ¡Qué hermosos ejemplos! ¡Díos bendiga á la ciudad del Túria donde se ven tales prodigios de caridad!

## VIII.

Lo que vamos á referir es un hecho reciente y obra de un apreciable y antiguo suscriptor nuestro de Santa Coloma de Farnés. La cosa parece pequeña por la materialidad de ella, pero es grande por la idea y por la oportunidad.

Ese suscriptor se casa, y al enviarnos los 10 reales del semestre de suscripción, nos envía una cantidad mayor para que se dé á un pobre en celebridad de su boda. Nosotros que sabemos los tesoros de caridad que atesora el corazón de nuestro suscriptor, nos hemos hecho intérprete de ella con una feliz oportunidad.

El dinero ha sido entregado á un jornalero pobre, muy pobre, que deseaba casarse y entre los inconvenientes que tenía contaba el de tener su ropa empeñada. Ya está desempeñada, y al ir á la iglesia con sus modestos vestidos, ya suyos y no del prestamista, le hemos encargado que pida á Dios por la felicidad del nuevo matrimonio de Santa Coloma. Estamos seguros de que lo hará con fervor.

FAUSTO.

(*Se continuará.*)

---

## EL TORNO.

---

Hay una institucion de beneficencia que despierta las ideas más contradictorias: el torno. Si por una parte es amparo de los recién nacidos, y medio de que se vale la caridad pública para extender sus beneficios, haciendo muy fácil acogerse á á ellos, influye por otra de un modo funesto en la moralidad y representa una confusion espantosa y el estado civil de expósito.

De actualidad la cuestion de su existencia en Francia, único país católico donde ha desaparecido, y próximo quizá su restablecimiento, como este podria tener resonancia entre nosotros y contribuir á su arraigo, quisiéramos llamar la atencion de los lectores de LA VOZ sobre los hechos á que da lugar y sus inconvenientes.

La pobre mujer que ha cometido una falta es engañada con facilidad por el torno mediante la autoridad que le presta su carácter de institucion pública; y la que en otro caso, sin él, hubiera pensado en los deberes de madre, por el peso de la opinion general y de la ley, cree lícita la exposicion y deposita en el triste cilindro el hijo que constituye su vergüenza.

Así se explica que con el establecimiento de los tornos comienza un aumento considerable en el número de los niños abandonados.

La admision anónima é incondicional hace al Estado cómplice del abandono de que no se quiere queden huellas, de la total renuncia de la paternidad, y es causa á veces de que aun involuntariamente, al ser depositado en el torno, se rompan para el expósito todos los lazos de la sangre. Si hay casos en que la prevision asegura medios de reconocimiento que son esperanza de vuelta á la sociedad en una familia, muchos podrian citarse en opuesto sentido. En momentos de agitacion y angustia es difícil pensar en esto, y cuando no se piensa, el pobre abandonado se convierte en un número. Posible, y aun fácil es, que expuestos varios niños á la misma hora sin señal que los distinga, dude un padre que desee reconocer su hijo, quién es este, sin que haya medio humano de averiguarlo. El caso del *Abismo* de Dickens se habrá repetido muchas veces.

Dicen los defensores de las casas de expósitos, como hoy las conocemos, que mediante el amparo del Estado mejora la con-

dicion de estos de un modo notable, pues destinados á carecer de lo más necesario y á contagiarse con ejemplos peligrosos que quizás los convertirían en criminales, les otorga la generosidad pública educación física y moral y estímulos para la virtud que al lado de sus padres no habrían tenido. ¿Paga, en efecto, la sociedad con creces en estos asilos la deuda contraída con los desgraciados huérfanos, quizá por su causa? La verdad es que á veces carecen hasta de lo indispensable, de toda condición de desarrollo de cuerpo y espíritu.

Cuando un sér acaba de venir al mundo, no es posible abandonarlo un momento; requiérese una persona siempre á su cuidado y en incesante comunicacion con él. La agitacion, el llanto, las risas de los niños, más que de ellos, son efecto del aliento maternal, hijos del consorcio entre la madre y el hijo, que infunde vida; por esto los expósitos no tienen vivacidad ni alegría. Hay pocas cosas que impresionen tanto como una sala con una larga fila de pequeñas cunas. Como convencidas de su situacion las pobres criaturas que las ocupan, sabiendo que su llamamiento será las más de las veces inútil, permanecen calladas, y si por casualidad alguna llora, se observa un espectáculo más triste todavía. Las madres que oyen á cada paso esos lloros sin poder acudir al sitio de donde parten, se han acostumbrado á ellos y nada les dicen. ¿A qué tratar de interpretarlos?

*Es natural que lloren los niños* (1). Más tarde, el sentimiento de su oprobio los empequeñece; la vida reglamentaria y la disciplina les quitan el resto de energía que quedaba en su alma; así los expósitos no se elevan nunca ni sirven más que para cosas humildes. Tal es la educación espiritual que reciben: así se les prepara para el mundo. No se les hace ni buenos ni malos, se los anula; el hombre interior queda atrofiado.

Además, y aun bajo al punto de vista meramente físico, hay que tener en cuenta que estas naturalezas pobres, concebidas en circunstancias excepcionales de inquietud y zozobra, si no en otras más tristes, de donde proviene su raquitismo casi general, necesitan aire libre y fresco, que no existe en los edificios de grandes aglomeraciones, y una actividad y ejercicio corporal superiores á los que proporcionan esos paseos en largas filas que todos presenciarnos. Por falta de esto van consu-

---

(1) Textual.

miéndose lentamente, y de los que no mueren (1) muchos apenas llegan á la edad viril, y viejos antes de ser hombres, van á otros departamentos caritativos. No en balde los establecimientos para niños y para inutilizados suelen estar juntos; las relaciones entre ellos son muy frecuentes.

Preguntad sus nombres á los ancianos que en las ceremonias fúnebres, merced á esa odiosa costumbre de llevar un acompañamiento indiferente y asalariado, custodian á los niños encargados de dar lustre al cortejo, y vereis cuántos se llaman de la Cruz, ó llevan como apellido el nombre de un santo; preguntadles por su vida, y os dirán frecuentemente que ha trascurrido siempre en los establecimientos públicos, imposibilitados siempre de valerse por sí. Esta es la obra de las casas de expósitos; la muerte prematura, el aniquilamiento físico, la anulacion moral y, por añadidura, el oprobio, son los beneficios, y la educacion que en ellas se reciben.

Pero la desaparicion de los tornos, se añade, aumenta los infanticidios, y el número de los que mueren recién nacidos, es decir, de las víctimas, é importa conjurar tan gran peligro y defender la vida de aquellos. No está completamente demostrado este aserto: antes parece cierto lo contrario. Al sentir los latidos de un sér que anuncia su existencia, es imposible que se despierten sentimientos parricidas. Este crimen no se concibe con premeditacion; sin duda es hijo de ofuscacion momentánea, producido por un hecho que crea una situacion angustiosa é imprevista. A este extremo puede llevar la creencia en la posibilidad de ocultar el nacimiento á que nuestro natural sistema se presta, si sobrevienen, como es fácil, circunstancias que impidan hacerlo sin escándalo. Pero aun suponiendo que realmente la desaparicion de los tornos tenga las consecuencias expresadas, que entre el deshonor y el crimen muchas madres entregadas á sí mismas lleven este á cabo, ¿no habria otro medio de evitarlo, sin necesidad de optar entre dos males?

Mediante la asociacion de personas animadas de sentimientos caritativos para ejercer una especie de vigilancia y patronato en las grandes poblaciones, divididas á este efecto en cuarteles, extendiendo, bajo una organizacion que fuera garantía de que se atendia á todas partes, la obra de la sociedad de San Vicente de Paul, se harian inútiles los tornos sin temor de que ocurriesen infanticidios. Con palabras de consuelo y esperan-

---

(1) Puede calcularse su número en menos de la mitad entre nosotros.

za de rehabilitacion, solo con la presencia de personas desinteresadas y extrañas, señal de que el mundo no abandona y desprecia á las madres desgraciadas, podria hacerse mucho en el sentido de conseguir que los hijos fuesen en todo caso salvados.

El sistema actual de exposicion anónima tiene, entre otros inconvenientes, el de que olvida á la madre, á la cual hemos de suponer en un estado de perturbacion extraordinaria, y muy necesitada de tutela y direccion espiritual. No es extraño: está en nuestras costumbres ejercer la caridad sin preocuparnos más que de la necesidad física.

Aquí, donde los sentimientos buenos son el patrimonio general, lo que hace falta, para que este país sea uno de los que mejor atiendan á los necesitados, es saber que existen, buscarlos, que se forme la conviccion de que no cumplimos con hacer una buena obra cuando la casualidad nos depare la ocasion; así como tambien que se extienda la idea de que no debemos solo nuestro dinero, con el cual se consigue muy poco, sino, y quizá antes, nuestro tiempo y cooperacion, tambien personal, para la obra de ayudar á los que sufren.

Al pasar por las casas de expósitos es muy general el sentir compasion, adivinando las desgracias que en ellas se consuman; pero quizá no se forma frecuentemente juicio exacto sobre las causas á que deben su existencia. Se consideran como tristes engendros del vicio, y se piensa en la corrupcion de las costumbres, cuando son hijas de nuestra apatía y debieran despertar remordimiento y vergüenza.

Con la combinacion de pequeños esfuerzos podrian desaparecer en la forma que hoy tienen, y excusarse la mayoría de sus inconvenientes, quedando reducido su objeto á lo que racionalmente puede hacer un extraño: ayudar á la madre sin tratar de sustituirla nunca. Medítenlo nuestras lectoras.

T.

---

## LOS DESGRACIADOS.

---


Si en las tranquilas horas de la tarde,  
 Del viento en el monótono sonar,  
 Oís entre las hojas de los árboles  
 Gemir ó suspirar,

Y os parece ilusion de los sentidos  
 Y que es rumor de hojas nada más;  
 Pensad en los que lloran en el mundo  
     Con angustioso afan,  
 Y sabreis cómo el viento ha arrebatado  
 Al tedio, á la miseria, á la orfandad,  
 Esas notas tristísimas que suenan  
     Allá en la soledad.

—  
 Si os asomais al cristalino arroyo  
 En una hora de calma y de solaz,  
 Y el rítmico murmullo de sus aguas  
     Que corren sin cesar,  
 Os deja percibir raras cadencias,  
 O una nota argentina y musical  
 Que, perdiéndose á veces y creciendo,  
     Parecen sollozar;  
 No penseis que el impulso entre las guijas  
 Pudo tales sonidos arrancar,  
 Es que el agua se lleva entre sus hondas  
     Las lágrimas al mar.

—  
 Si en el silencio de una noche lóbrega  
 En que ruge furioso el huracan,  
 Y en que os halleis á solas meditando  
     En dulce bienestar,  
 El viento al penetrar por las rendijas  
 Gime medroso y lúgubre y se va;  
 No penseis que es el genio de las sombras,  
     Ni la turba falaz  
 De trasgos, de vampiros y fantasmas  
 Que os burlan con sus cábalas; pensad  
 Han salido de un pecho acongojado,  
 El viento los halló en la inmensidad,  
 Y los lleva despues, de puerta en puerta,  
     En busca de piedad.

—  
 Y si despues del baile, en la mullida  
 Y vaporosa almohada os reclinais,  
 Y aun vibra en vuestro oido la cadencia  
     Del fugitivo wals,  
 Y las manos de rosa de los sueños



Logrando vuestros párpados cerrar,  
De súbito temblais sobrecogidos  
Volviendo á despertar;  
No preguntéis la causa á los salones  
Que os vieron un momento delirar;  
No le pidais la clave á las delicias  
Que acaban de pasar:  
Es que vuestra alma, de gozar cansada,  
Recobró en vuestro sueño libertad,  
Y sintió, al contemplar á los que sufren,  
La herida del pesar.

—

Orad entonces; y si blando y tierno  
Teneis y noble el corazon, orad,  
Orad por el que sufre, por el pobre,  
Y por el criminal;  
Por el que, torpe, en la maldad se sacia;  
Por el que, ciego, en el error está;  
Por el que, enfermo, á su dolor sin tregua  
Ya no resistirá.

—

Y cuando al coro de perdon adune  
Vuestro pecho su efluvio de piedad,  
Vuestros ojos el ángel de los sueños  
Contento cerrará.  
Y si al oír mis versos, por ventura,  
Os conmueve un afecto fraternal,  
Y pensais un momento en los que lloran  
En dura adversidad;  
Sabed que no soy yo: los desgraciados  
Son los que os hablan en su inquieto afan:  
¡Pobres víctimas tristes de la suerte!  
¡Rogad por ellas con amor, rogad!

Marzo 12 de 1877.

JOSÉ T. DE CUELLAR.

---